El pájaro

Por Juan Gelman

Alma/¿alzás tu soñar?/¿maldito por
los que sufrieron por soñar?/¿y palos
te dan para que calles?/¿y
dicen que estás equivocada?/¿que

no vengás con tus sueños?/
¿que hay bastante dolor?/¿que mirés el
pájaro que tranquilo cruza el cielo?/
¿pone su huevo en el olvido?/

(De *Eso*, 1986)

El poeta Juan Gelman, columnista de Página/12, seleccionó especialmente los poemas de su autoría que abrirán las entregas de este suplemento. La mejor y quizás única manera de transmitir la verdadera historia de esos días.



La vida junto a la muerte

La familia, la tevé y la gente durante la dictadura

reportaje

JUAN JOSE SEBRELI

“La trivialidad del mal”

Por Mario Wainfeld

Juan José Sebreli nació en el ‘30. Se autodefine como “escritor”, interesado en temas políticos, sociales o filosóficos. Seguramente también cree ser un intelectual crítico y es sin duda uno de los marxistas más divulgados y leídos en la Argentina. El autor de *Los deseos originarios del peronismo* y *El vacilar de las cosas* –aunque prefiere no ser interrumpido y sonríe poco– es amigable con quien lo entrevista y se interesa por cómo hará para ordenar su torrentoso discurso, que empieza contando cómo vivió él durante el Proceso.

–Como tuve la suerte de que no me mataran, ni caí en un campo de concentración, fueron años fructíferos para mí: había que estar encerrado, la calle era un peligro... Me dediqué al estudio, como los militantes revolucionarios del siglo XIX y XX que estudiaban cuando estaban presos. Además, hice algo que reivindico: formé parte de lo que después se llamaría la Universidad de las sombras o de las catacumbas. Jóvenes que no podían estudiar en la Universidad que era un horror venían a casa, a diario, a estudiar marxismo o dialéctica hegeliana. Fue un peligro, una audacia. Acá enfrente vivía un tipo de los servicios que controlaba todo lo que pasaba. Me salvé por azar. Esta biblioteca (muestra a sus espaldas) nunca la toqué. Yo sin eso no puedo vivir.

–¿Cuál fue la actitud de los intelectuales frente al Proceso?

–Quiero hablar de un tema tabú: los apoyos que tuvo la dictadura. La apoyaron los empresarios, la Iglesia, sindicatos, los escritores, los periodistas. También la izquierda, es sabido que el PC apoyaba a Videla “para evitar el pinochetazo”. Antonio Berni, un ferviente comunista, me invitó a integrar el movimiento a favor de Massera, a quien definía como democrático. Al poco tiempo Berni murió y el tema no avanzó. También hay que recordar el apoyo de luminarias como Borges y Sabato, que cenaron con Videla e hicieron declaraciones muy favorables si bien después cambiaron de posición. Pero la dictadura no sólo contó con esos sectores protagónicos, sino también con la masa anónima, que había aplaudido a la guerrilla cuando estaba de moda, y después aplaudió a los que mataban guerrilleros. Por supuesto que hay graduación entre la responsabilidad de las primeras figuras y la comparsa, pero no se puede dejar en las sombras esa responsabilidad.

–¿Tanto apoyo tuvo la dictadura?

–Hubo dos momentos terribles en que el apoyo fue unánime: el Mundial de Fútbol y Malvinas. Toda la izquierda apoyó Malvinas.

–No voy a defender el fútbol frente a usted, pero no son fenómenos idénticos. Malvinas es más grave, el compromiso de la gente es mayor.

–Por supuesto. Pero el Mundial era un fenómeno totalitario, uno no se podía escapar de los gritos. Hasta de los gritos de las víctimas de la dictadura uno podía escaparse. El Mundial estaba manipulado políticamente. La gente fue a Plaza de Mayo a vivar a Videla. Pero, claro, Malvinas es el máximo crimen de la dictadura. La represión es inexcusable pero la mayoría de las víctimas eran militantes, murieron por una causa. En Malvinas los mandaron a morir. Había un sentimiento colectivo. No se podía callar: callar era traicionar. Fue la peor época de mi vida. Peor que el terror: entonces uno tenía con quién hablar y solidarizarse.

–¿No es una trampa medir los consensos en una dictadura? Sobre todo en dictaduras del siglo XX que como dijo no-recuerdo-quién no obligan a callar sino a hablar.

–Pero (el de) Videla no fue un régimen totalitario.

–¿No fue?

–Nooo, fue el régimen autoritario más cruel que hubo acá, pudo tener ciertos atisbos totalitarios pero no lo fue. El momento de Galtieri pudo ser totalitario.

–Pero había represión, censura. Usted, si quiere decirlo así, podía no escribir, pero no podía escribir.

–No, mis libros anteriores no podían circular. Yo nunca escribí una sola línea a favor de la dictadura. Pero hubo muchos que sí lo hicieron y no tenían un revólver en la cabeza. Todos los mejores periodistas colaboraban en el diario de Massera (*Convicción*).

–No todos.

–Claro, yo no colaboré, otros no colaboraron. Los que callaron están justificados. Le insisto: no hubo régimen totalitario. Algunos islotes de la cultura florecieron. Por ejemplo, el Teatro San Martín dirigido por Kive Staif donde se daban hasta obras de autores izquierdistas, dirigidas por Alejandra Boero. Eso no es posible en un régimen totalitario.

–Pero hubo prohibiciones absolutas: los libros marxistas, *El Principito*, el psicoanálisis.

–El freudiano, porque el lacanismo floreció con Videla, cuando los freudianos que apoyaron a la guerrilla son reprimidos y mueren o se van al exilio. Otro fenómeno favorecido por la dictadura es el rock nacional que nace con las Malvinas, cuando prohíben el rock norteamericano o inglés. Con letras patrioteras, beneficiándose por la difusión que le dan... y pasan por ser contestatarios.

–No sé si los cantantes o los rockeros eran “malvineros”. Durante la guerra Charly García llenó Ferro cantando “Por favor no bombardeen Buenos Aires”.

–Los rockeros apoyaron la guerra. Pasaron de ser transgresores de acá a la vuelta (señala a La Cueva) a salir por todas las radios. No sé qué cantaría Charly García pero la mayoría apoyó. No digo que fueran colaboracionistas, aprovechaban la oportunidad.

–El público que consumía lo que producían esos islotes (el teatro de izquierda, el rock) ¿representa cierta capacidad resistente de la sociedad civil?

–Sí, si no estaría todo terminado. No toda la gente apoyó a la dictadura, pero digamos un 50 por ciento apoyó... (menea la cabeza), creo que era un poco más. Estaba la clase media y hasta la media baja, en época de la plata dulce. El que no tenía un preso o un muerto en la familia vivió una época muy apacible. Además de la plata dulce pesa la ignorancia política. A Hitler, estoy seguro, lo votó gente inofensiva, viejitas apacibles. Hannah Harendt trató el tema de la trivialidad del mal: el peligro está en el hombre común, el padre de familia incapaz de matar una mosca que apoya a Hitler o a López Rega. La gente vota por los motivos más diversos.

–Al Proceso no lo votaron.

–No, pero si hubiera habido elecciones a los seis meses Videla gana. No digo por el 80 por ciento pero ganaba. Estoy casi seguro. ¿Usted no?

–Cuando usted me haga un reportaje le cuento. En serio, no estoy tan seguro. Los golpes arrancan con cierto consenso que se diluye muy rápido. Lo corroborable es que cuando llaman a plebiscito (como Pinochet o los uruguayos) pierden.

–Eso fue mucho después. Si Pinochet hubiera hecho un plebiscito a los seis meses ganaba tal vez por más que Videla.

–Abandonemos las timbas virtuales. Esas conductas serviles de masas y elites, ¿son muy peculiares de la sociedad argentina?

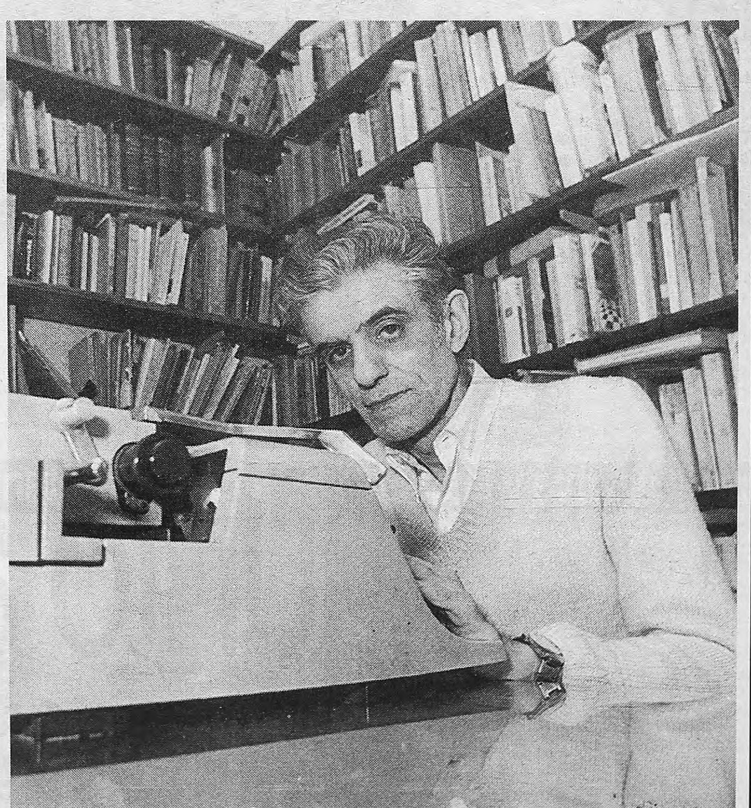
–No, no creo en las peculiaridades. Piense en París bajo la ocupación nazi. No la pasaron tan mal. Los grandes escritores de la posguerra, Sartre, Camus, Michel Carné, hicieron carrera bajo la Gestapo.

–Volviendo a su afirmación de que la dictadura no fue totalitaria, ¿y el clima opresivo, el terror?

–El clima opresivo, el terror en la calle existió desde el ‘43 hasta el ‘83. De antes del ‘43 no hablo porque no lo viví. Yo desde que salí a la calle siempre estuvo la policía. A mí me detuvieron por averiguación de antecedentes varias veces, inclusive en la época de Illia.

–No era igual. Ahí usted no pudo pensar que lo iban a matar. El nivel de represión cambió brutalmente. El cambio gigantesco de cantidad es cambio de calidad.

–Hay diferencia. Pero represión hubo siempre. El verdadero cambio ocurre a partir del ‘83. Entonces se puede hablar de un país distinto.



(*Por G. C.*) Ese lunes de marzo de 1976, sentada frente al televisor, supo que su vida, definitivamente, ya no sería la misma: esa chiquilina de cabellos largos y mohínes impostados jamás podría reemplazar la ternura de María de los Angeles Medrano haciendo de Jacinta Pichimauida. El otoño se instaló con inusitada premura ese año. Entre el desabastecimiento y la inflación, se la pasaba haciendo malabarismos para cocinar dos veces por día y el sueldo entero se había esfumado en los guardapolvos Palomita Blanca que hubo que comprar para que los chicos comenzaran las clases. Pedro, su marido, estaba a punto de perder el trabajo, aunque lo único que le importaba era que River repitiera el campeonato que había ganado, después de dieciocho temporadas de abstinencia, el año anterior. La semana pasada, además, los militares habían dado un golpe y no se podía salir de noche. Justo cuando lo había convencido a Pedro para que la llevara a ver *La Mary*.

La única que no tenía problemas con la inflación era Andrea del Boca. Desde que había comenzado a llorar frente a la pantalla tres años atrás ganaba un millón de pesos por cada presentación en teatro o televisión junto a Norberto Suárez. Ahora, además, cantaba con Gaby, Fofó y Miliki en el cine: “Había una vez, un circo, que alegraba siempre el corazón, lleno de ilusión, lleno de color...”. Sólo compartía su estrellato con los dos locutores que llenaban las mañanas de todas las casas desde la radio: Jorge Fontana y Pinky. Claudio García Satur le pegaba sopapos a Marta Albertini en “Dos a quererse” y Canela sonreía desde su luna.

La televisión era el centro de su vida, su máxima compañía. Cada vez pasaba más horas dentro de su casa, sola, sin hablar con nadie. Si tuviera que marcar una fecha, diría que fue desde el invierno del ‘74, después de la muerte de Perón. Antes iba por lo menos una vez por semana al cine, o hasta dos, como cuando fueron a ver *El Padrino* y *La Tregua* el mismo fin de semana. Salían a caminar por el centro los sábados a la noche y cada tanto se encontraban con otros padres en las kermeses de la iglesia y las ferias que organizaba la cooperadora de la escuela. Después el estallido de la inflación los obligó a guardar hasta el último peso para la comida y los colectivos, y los deprimió tanto que no les daban ganas de salir. Además las bombas, y los atentados, y los muertos: todos los días pasaba algo en la calle.

En realidad, ella nunca vio nada, pero tenía la sensación de que caminando por Florida uno veía un enfrentamiento en cada esquina. La televisión advertía todo el tiempo: “Denuncie cualquier movimiento extraño”, “denuncie cualquier bulto”, “denuncie cualquier persona”, “denuncie, denuncie”, “no salga de noche”, “no se detenga aquí”, “no se detenga allá”, “si su automóvil se detiene, prenda las luces del interior”. Y estaban, además, los rumores. Los terroristas mataron a éste, la Triple A a estos otros, los militares a aquéllos. Parecía que todos se mataban con todos y que lo único importante era pasar inadvertido.

Cuando llegaron los militares la situación se tranquilizó. Ya no había políticos y sindicalistas gritando todo el tiempo en la radio y la televisión, y los subversivos dejaron de poner bombas: sólo eran abatidos día tras día en enfrentamientos con las Fuerzas Armadas.

Una mañana el Ejército rodeó la manzana mientras un helicóptero sobrevolaba bajo, casi tocando el techo de las casas. Cruzaron patrulleros en las esquinas y los soldados invadieron las calles apuntando con sus ametralladoras a todas las ventanas. Ella se encerró con los chicos en el dormitorio, y no volvió a salir hasta la mañana siguiente. Una vecina le explicó que se habían lleva-

reportaje

Por Mario Wainfeld

JUAN JOSE SEBRELI

"La trivialidad del mal"

Juan José Sebreli nació en el '30. Se autodefine como "escritor", interesado en temas políticos, sociales o filosóficos. Seguramente también cree ser un intelectual crítico y es sin duda uno de los marxistas más divulgados y leídos en la Argentina. El autor de *Los deseos originarios del peronismo* y *El vacilar de las cosas* –aunque prefiere no ser interrumpido y sonríe poco– es amigable con quien lo entrevista y se interesa por cómo hará para ordenar su torrentoso discurso, que empieza contando cómo vivió él durante el Proceso.

–Como tuve la suerte de que no me mataran, ni caí en un campo de concentración, fueron años fructíferos para mí: había que estar encerrado, la calle era un peligro... Me dediqué al estudio, como los militantes revolucionarios del siglo XIX y XX que estudiaban cuando estaban presos. Además, hice algo que reivindico: formé parte de lo que después se llamaría la Universidad de las sombras o de las catacumbas. Jóvenes que no podían estudiar en la Universidad que era un horror venían a casa, a diario, a estudiar marxismo o dialéctica hegeliana. Fue un peligro, una audacia. Acá enfrente vivía un tipo de los servicios que controlaba todo lo que pasaba. Me salvé por azar. Esta biblioteca (muestra a sus espaldas) nunca la toqué. Yo sin eso no puedo vivir.

–¿Cuál fue la actitud de los intelectuales frente al Proceso?

–Quiero hablar de un tema tabú: los apoyos que tuvo la dictadura. La apoyaron los empresarios, la Iglesia, sindicatos, los escritores, los periodistas. También la izquierda, es sabido que el PC apoyaba a Videla "para evitar el pinochetazo". Antonio Berni, un ferviente comunista, me invitó a integrar el movimiento a favor de Massera, a quien definía como democrático. Al poco tiempo Berni murió y el tema no avanzó. También hay que recordar el apoyo de luminarias como Borges y Sabato, que cenaron con Videla e hicieron declaraciones muy favorables si bien después cambiaron de posición. Pero la dictadura no sólo contó con esos sectores protagónicos, sino también con la masa anónima, que había aplaudido a la guerrilla cuando estaba de moda, y después aplaudió a los que mataban guerrilleros. Por supuesto que hay graduación entre la responsabilidad de las primeras figuras y la comparsa, pero no se puede dejar en las sombras esa responsabilidad.

–¿Tanto apoyo tuvo la dictadura?

–Hubo dos momentos terribles en que el apoyo fue unánime: el Mundial de Fútbol y Malvinas. Toda la izquierda apoyó Malvinas.

–No voy a defender el fútbol frente a usted, pero no son fenómenos idénticos. Malvinas es más grave, el compromiso de la gente es mayor.

–Por supuesto. Pero el Mundial era un fenómeno totalitario, uno no se podía escapar de los gritos. Hasta de los gritos de las víctimas de la dictadura uno podía escaparse. El Mundial estaba manipulado políticamente. La gente fue a Plaza de Mayo a vivar a Videla. Pero, claro, Malvinas es el máximo crimen de la dictadura. La represión es inexcusable pero la mayoría de las víctimas eran militantes, murieron por una causa. En Malvinas los mandaron a morir. Había un sentimiento colectivo. No se podía callar: callar era traicionar. Fue la peor época de mi vida. Peor que el terror: entonces uno tenía con quién hablar y solidarizarse.

–¿No es una trampa medir los consensos en una dictadura? Sobre todo en dictaduras del siglo XX que como dijo no-recuerdo-quién no obligan a callar sino a hablar.

–Pero (el de) Videla no fue un régimen totalitario.

–¿No fue?

–Nooo, fue el régimen autoritario más cruel que hubo acá, pudo tener ciertos atisbos totalitarios pero no lo fue. El momento de Galtieri pudo ser totalitario.

–Pero había represión, censura. Usted, si quiere decirlo así, podía no escribir, pero no podía escribir.

–No, mis libros anteriores no podían circular. Yo nunca escribí una sola línea a favor de la dictadura. Pero hubo muchos que sí lo hicieron y no tenían un revólver en la cabeza. Todos los mejores periodistas colaboraban en el diario de Massera (*Convicción*).

–No todos.

–Claro, yo no colaboré, otros no colaboraron. Los que callaron están justificados. Le insisto: no hubo régimen totalitario. Algunos islotes de la cultura florecieron. Por ejemplo, el Teatro San Martín dirigido por Kive Staif donde se daban hasta obras de autores izquierdistas, dirigidas por Alejandra Boero. Eso no es posible en un régimen totalitario.

–Pero hubo prohibiciones absolutas: los libros marxistas, *El Principito*, el psicoanálisis.

–El freudiano, porque el lacanismo floreció con Videla, cuando los freudianos que apoyaron a la guerrilla son reprimidos y mueren o se van al exilio. Otro fenómeno favorecido por la dictadura es el rock nacional que nace con las Malvinas, cuando prohíben el rock norteamericano o inglés. Con letras patrioteras, beneficiándose por la difusión que le dan... y pasan por ser contestatarios.

–No sé si los cantantes o los rockeros eran "malvineros". Durante la guerra Charly García llenó Ferro cantando "Por favor no bombardeen Buenos Aires".

–Los rockeros apoyaron la guerra. Pasaron de ser transgresores de acá a la vuelta (señala a La Cueva) a salir por todas las radios. No sé qué cantaría Charly García pero la mayoría apoyó. No digo que fueran colaboracionistas, aprovechaban la oportunidad.

–El público que consumía lo que producían esos islotes (el teatro de izquierda, el rock) ¿representa cierta capacidad resistente de la sociedad civil?

–Sí, si no estaría todo terminado. No toda la gente apoyó a la dictadura, pero digamos un 50 por ciento apoyó... (menea la cabeza), creo que era un poco más. Estaba la clase media y hasta la media baja, en época de la plata dulce. El que no tenía un preso o un muerto en la familia vivió una época muy apacible. Además de la plata dulce pesa la ignorancia política. A Hitler, estoy seguro, lo votó gente inofensiva, viejitas apacibles. Hannah Harendt trató el tema de la trivialidad del mal: el peligro está en el hombre común, el padre de familia incapaz de matar una mosca que apoya a Hitler o a López Rega. La gente vota por los motivos más diversos.

–Al Proceso no lo votaron.

–No, pero si hubiera habido elecciones a los seis meses Videla gana. No digo por el 80 por ciento pero ganaba. Estoy casi seguro. ¿Usted no?

–Cuando usted me haga un reportaje le cuento. En serio, no estoy tan seguro. Los golpes arrancan con cierto consenso que se diluye muy rápido. Lo corroborable es que cuando llaman a plebiscito (como Pinochet o los uruguayos) pierden.

–Eso fue mucho después. Si Pinochet hubiera hecho un plebiscito a los seis meses ganaba tal vez por más que Videla.

–Abandonemos las timbas virtuales. Esas conductas serviles de masas y elites, ¿son muy peculiares de la sociedad argentina?

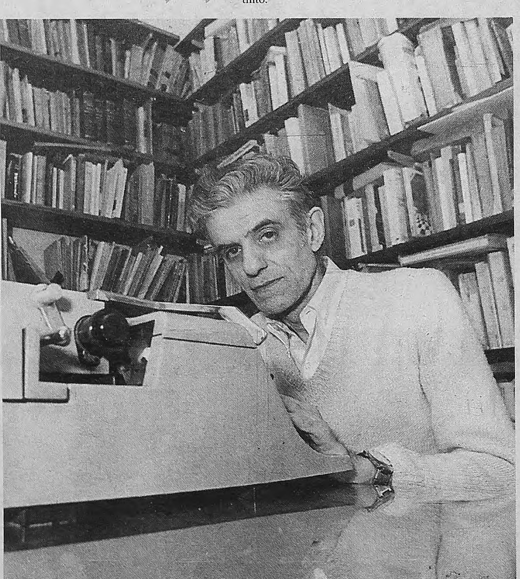
–No, no creo en las peculiaridades. Piense en París bajo la ocupación nazi. No la pasaron tan mal. Los grandes escritores de la posguerra, Sartre, Camus, Michel Carné, hicieron carrera bajo la Gestapo.

–Volviendo a su afirmación de que la dictadura no fue totalitaria, ¿y el clima opresivo, el terror?

–El clima opresivo, el terror en la calle existió desde el '43 hasta el '83. De antes del '43 no hablo porque no lo viví. Yo desde que salí a la calle siempre estuvo la policía. A mí me detuvieron por averiguación de antecedentes varias veces, inclusive en la época de Illia.

–No era igual. Ahí usted no pudo pensar que lo iban a matar. El nivel de represión cambió brutalmente. El cambio gigantesco de cantidad es cambio de calidad.

–Hay diferencia. Pero represión hubo siempre. El verdadero cambio ocurre a partir del '83. Entonces se puede hablar de un país distinto.

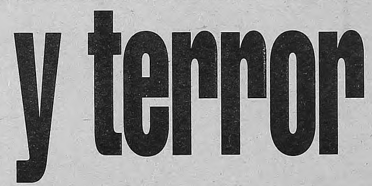


---

20 AÑOS

Ollas, TELENOVELAS y terror

Para los que pasaban el día entre el trabajo, la cocina y el televisor, la vida no cambió demasiado antes y después del golpe del 24 de marzo. Las mismas caras en las telenovelas, las mismas voces en los noticieros y los mismos malabarismos para llegar a fin de mes. Sólo la desconfianza fue creciendo, y el miedo a ser confundido con un subversivo. Se acabaron las reuniones y hasta las conversaciones entre vecinos y la gente se fue metiendo cada vez más en su casa. Se fueron quedando solos, y aterrorizados.



(*Por G. C.*) Ese lunes de marzo de 1976, sentada frente al televisor, supo que su vida, definitivamente, ya no sería la misma: esa chiquilina de cabellos largos y mohínes impostados jamás podría reemplazar la ternura de María de los Angeles Medrano haciendo de Jacinta Pichimauida. El otoño se instaló con inusitada premura ese año. Entre el desabastecimiento y la inflación, se la pasaba haciendo malabarismos para cocinar dos veces por día y el sueldo entero se había esfumado en los guardapolvos Palomita Blanca que hubo que comprar para que los chicos comenzaran las clases. Pedro, su marido, estaba a punto de perder el trabajo, aunque lo único que le importaba era que River repitiera el campeonato que había ganado, después de dieciocho temporadas de abstinencia, el año anterior. La semana pasada, además, los militares habían dado un golpe y no se podía salir de noche. Justo cuando lo había convencido a Pedro para que la llevara a ver *La Mary*.

La única que no tenía problemas con la inflación era Andrea del Boca. Desde que había comenzado a llorar frente a la pantalla tres años atrás ganaba un millón de pesos por cada presentación en teatro o televisión junto a Norberto Suárez. Ahora, además, cantaba con Gaby, Fofó y Miliki en el cine: "Había una vez, un circo, que alegraba siempre el corazón, lleno de ilusión, lleno de color...". Sólo compartía su estrellato con los dos locutores que llenaban las mañanas de todas las casas desde la radio: Jorge Fontana y Pinky. Claudio García Satur le pegaba sopapos a Marta Albertini en "Dos a quererse" y Canela sonreía desde su luna.

La televisión era el centro de su vida, su máxima compañía. Cada vez pasaba más horas dentro de su casa, sola, sin hablar con nadie. Si tuviera que marcar una fecha, diría que fue desde el invierno del '74, después de la muerte de Perón. Antes iba por lo menos una vez por semana al cine, o hasta dos, como cuando fueron a ver *El Padrino* y *La Tregua* el mismo fin de semana. Salían a caminar por el centro los sábados a la noche y cada tanto se encontraban con otros padres en las kermeses de la iglesia y las ferias que organizaba la cooperadora de la escuela. Después el estallido de la inflación los obligó a guardar hasta el último peso para la comida y los colectivos, y los deprimió tanto que no les daban ganas de salir. Además las bombas, y los atentados, y los muertos: todos los días pasaba algo en la calle.

En realidad, ella nunca vio nada, pero tenía la sensación de que caminando por Florida uno veía un enfrentamiento en cada esquina. La televisión advertía todo el tiempo: "Denuncie cualquier movimiento extraño", "denuncie cualquier bulto", "denuncie cualquier persona", "denuncie, denuncie", "no salga de noche", "no se detenga aquí", "no se detenga allá", "si su automóvil se detiene, prenda las luces del interior". Y estaban, además, los rumores. Los terroristas mataron a éste, la Triple A a estos otros, los militares a aquéllos. Parecía que todos se mataban con todos y que lo único importante era pasar inadvertido.

Cuando llegaron los militares la situación se tranquilizó. Ya no había políticos y sindicalistas gritando todo el tiempo en la radio y la televisión, y los subversivos dejaron de poner bombas: sólo eran abatidos día tras día en enfrentamientos con las Fuerzas Armadas.

Una mañana el Ejército rodeó la manzana mientras un helicóptero sobrevolaba bajo, casi tocando el techo de las casas. Cruzaron patrulleros en las esquinas y los soldados invadieron las calles apuntando con sus ametralladoras a todas las ventanas. Ella se encerró con los chicos en el dormitorio, y no volvió a salir hasta la mañana siguiente. Una vecina le explicó que se habían llevado a los dos hijos del dueño del taller mecánico.

–Pero esos chicos no podían estar en nada. Si vivieron siempre acá, y no tenían ni veinte años –intentó quejarse.

–No, parece que eran subversivos –retrucó la otra, convencida. Entonces bajó la voz y susurró el detalle contundente:

–Cuando entraron al dormitorio, tenían el ropero lleno de revistas Mafalda.

Ellos sólo compraban el diario los domingos y cada tanto alguna revista, pero igual durante dos días revisó toda la casa buscando algún detalle que pudiera habérsele escapado. Tiró todas las fotos de Perón y Evita que habían quedado amontonadas en el placard del baño y entró en pánico cuando se encontró frente a la biblioteca de los chicos: cerró todas las persianas, apagó la luz y encendió sólo el velador. Entonces metió en una bolsa de polietileno negro *El Principito* y *Ta Te Ti*, de Alvaro Yunque, que la televisión había anunciado que eran subversivos. Se quedó un momento parada frente a *Juan Salvador Gaviota*. Dudó. No recordaba haber escuchado el nombre. Pero la tapa era extraña: había una gaviota volando en cielo abierto, con las alas desplegadas. Debía ser sobre la libertad, la liberación, o algo así. Por las dudas, también lo metió en la bolsa. Esa tarde salieron con Pedro en el auto, se fueron hasta un baldío alejado y tiraron la bolsa, después de cerciorarse de que nadie los había visto.

Después de lo del taller mecánico, ya casi ni hablaba con las vecinas del barrio. Comenzó a controlar a los amigos que sus hijos querían traer a casa y les prohibió salir de campamento. No había lugar más seguro que la familia ni mejor refugio que el comedor. La ciudad se había quedado callada.

Ella llenaba el silencio con las voces que llegaban de la televisión. Claudio Levrino recorría la ciudad en un colectivo. "Un mundo de veinte asientos" era una versión edulcorada del "Rolando Rivas..." de Alberto Migré, con bastantes menos problemas cotidianos y mucho más de folletín y melodrama. Pero estaba bien para ocupar la hora de la tarde, cuando le daba miedo porque comenzaba a anochecer y Pedro no llegaba y pensaba que podría haberle pasado cualquier cosa, podría haber salido sin documentos, podría haberse parado el coche y se lo confundieron con un subversivo, o se peleó con su patrón y lo echaron y se suicidó. El miedo y la soledad eran lo más difícil de sobrellevar, porque para no tener miedo había que quedarse sola, las compañías siempre eran peligrosas, uno ya no podía confiar en nadie, y por ahí se creía que era un amigo y era un terrorista, y se lo llevan a uno, y entonces había que estar aislado, pero estar aislado daba miedo. Y así siempre, miedo y soledad, soledad y miedo, imposible de solucionar.

Claudio Levrino la acompañaba bastante, pero todo se desmoronó la noche en que escuchó un flash de último momento: Mónica Jouvet, la joven y bella esposa de Levrino, volvía en un taxi a su casa cuando un colectivero cruzó con luz roja, la atropelló y la mató. Claudio Levrino lloraba, y ella también. Lloró durante semanas enteras, sin consuelo.

El maleficio

Por Gabriela Cerruti

Hay una verdad incontrastable que deviene de las grandes tragedias históricas: no puede haber sociedad o nación organizada hasta que la melancolía de los sobrevivientes esté reconocida como determinante de la supervivencia del resto, de aquellos nacidos para vivir llevando a cuestas el maleficio de haber apenas escapado. Esa es, sin dudas; la ligazón básica de los pueblos atravesados por un genocidio. El 24 de marzo de 1976, contra su voluntad y vocación, la Argentina ingresó en esa categoría.

Desde hace veinte años, los argentinos hemos pasado a ser víctimas, sobrevivientes o cómplices, hayamos sido o no contemporáneos de la dictadura militar: nadie puede autoproclamarse inocente sólo por el azar de haber nacido más tarde o más temprano. Formamos parte de una continuidad histórica que es el Estado nacional y constituimos una sociedad donde ese genocidio fue posible. Ni la organización del poder, ni la administración de la justicia ni el imperio de la ética o la moral variaron lo suficiente desde entonces como para que podamos asegurar que esta sociedad es esencialmente diferente de aquélla.

No importa si creemos que puede o no volver a suceder. Lo cierto es que un genocidio es un encuentro extraordinario de circunstancias de por sí ordinarias. Si esa combinación atroz puede repetirse mañana o en el próximo siglo es algo imposible de determinar. Tampoco es demasiado importante: hasta la más preclara de las previsiones podría fallar. Por otra parte, el viejo apotegma que sostiene que "hay que conocer los errores pasados para no repetirlos" ha probado con creces ser una falacia. No es por falta de conocimiento sino de sabiduría que los pueblos no han cesado de caer una y otra vez en las mismas tragedias. Reconocernos en lo que sucedió en la Argentina entre 1976 y 1983 no es, pues, un problema ni de estrategia política ni de pragmatismo.

Si los argentinos tenemos la obligación moral y el mandato ético de elaborar en conjunto lo que sucedió en este país durante la última dictadura militar es porque debemos explicarnos cómo fue que los valores básicos de solidaridad que expresan nuestra condición humana y determinan nuestra convivencia en una sociedad moderna quedaron en suspenso durante un determinado período histórico. Lo que importa más no es que haya sucedido el horror, sino que nosotros continuamos con nuestra vida cotidiana mientras el horror estaba sucediendo.

Argentina, la nación más civilizada de Latinoamérica, con el mayor número de intelectuales y profesionales de la región, orgullosa de su vida social y su ambiente académico, vanidosa en su arquitectura y refinada en sus costumbres. Argentina, la cuna de Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, de cuatro premios Nobel, de músicos eximios, bailarines magistrales y futbolistas inigualables. Argentina, la de las librerías abiertas las veinticuatro horas, el mayor número de psicoanalistas por habitante luego de Nueva York y las tiradas excepcionales para diarios y revistas prestigiosas. Argentina, la de las mujeres finas y bellas, ejecutivos encantadores, automóviles último modelo y viajes al exterior.

En la Argentina, entre 1976 y 1983 una banda de militares y policías secuestró, asesinó y torturó con los métodos más viles a miles de argentinos; los detuvo en condiciones inhumanas en campos de concentración; los trasladó drogados en helicópteros desde los que los arrojó todavía vivos al Río de la Plata; asaltó las casas de sus víctimas; robó bebés y niños nacidos en cautiverio para entregárselos a las familias de los torturadores. Casi treinta mil personas pasaron a ser consideradas "desaparecidas", una categoría hasta entonces desconocida en el mundo: nunca más nadie pudo dar cuenta de su suerte. Salvo las víctimas directas y un minúsculo grupo de familiares y amigos que, con coraje y dignidad inigualables, denunciaron valientemente en la Argentina y el exterior loque estaba sucediendo y lucharon contra la dictadura militar, el resto de la sociedad siguió adelante, impasible, con su vida de todos los días.



"Cualquier destino –explica el narrador en la 'Biografía de Tadeo Isidoro Cruz'–, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento; el momento en que el hombre sabe para siempre quién es." Y remata Jorge Luis Borges: "Lo esperaba, secreta en el porvenir, una lúcida noche fundamental: la noche en que por fin vio su propia cara, la noche en que por fin oyó su nombre. Bien entendida, esa noche agota su historia; mejor dicho, un instante de esa noche, un acto de esa noche, porque los actos son nuestro símbolo".

Nos espera la noche en que por fin veamos nuestro propio rostro. Sólo entonces romperemos el maleficio.



Para los que pasaban el día entre el trabajo, la cocina y el televisor, la vida no cambió demasiado antes y después del golpe del 24 de marzo. Las mismas caras en las telenovelas, las mismas voces en los noticieros y los mismos malabarismos para llegar a fin de mes. Sólo la desconfianza fue creciendo, y el miedo a ser confundido con un subversivo. Se acabaron las reuniones y hasta las conversaciones entre vecinos y la gente se fue metiendo cada vez más en su casa. Se fueron quedando solos, y aterrorizados.



Ollas, TELENOVELAS y terror

do a los dos hijos del dueño del taller mecánico.

–Pero esos chicos no podían estar en nada. Si vivieron siempre acá, y no tenían ni veinte años –intentó quejarse.

–No, parece que eran subversivos –retrucó la otra, convencida. Entonces bajó la voz y susurró el detalle contundente:

–Cuando entraron al dormitorio, tenían el ropero lleno de revistas Mafalda.

Ellos sólo compraban el diario los domingos y cada tanto alguna revista, pero igual durante dos días revisó toda la casa buscando algún detalle que pudiera habérsele escapado. Tiró todas las fotos de Perón y Evita que habían quedado amontonadas en el placard del baño y entró en pánico cuando se encontró frente a la biblioteca de los chicos: cerró todas las persianas, apagó la luz y encendió sólo el velador. Entonces metió en una bolsa de polietileno negro *El Principito* y *Ta Te Ti*, de Alvaro Yunque, que la televisión había anunciado que eran subversivos. Se quedó un momento parada frente a *Juan Salvador Gaviota*. Dudó. No recordaba haber escuchado el nombre. Pero la tapa era extraña: había una gaviota volando en cielo abierto, con las alas desplegadas. Debía ser sobre la libertad, la liberación, o algo así. Por las dudas, también lo metió en la bolsa. Esa tarde salieron con Pedro en el auto, se fueron hasta un baldío alejado y tiraron la bolsa, después de cerciorarse de que nadie los había visto.

Después de lo del taller mecánico, ya casi ni hablaba con las vecinas del barrio. Comenzó a controlar a los amigos que sus hijos querían traer a casa y les prohibió salir de campamento. No había lugar más seguro que la familia ni mejor refugio que el comedor. La ciudad se había quedado callada.

Ella llenaba el silencio con las voces que llegaban de la televisión. Claudio Levrino recorría la ciudad en un colectivo. "Un mundo de veinte asientos" era una versión edulcorada del "Rolando Rivas..." de Alberto Migré, con bastantes menos problemas cotidianos y mucho más de folletín y melodrama. Pero estaba bien para ocupar la hora de la tarde, cuando le daba miedo porque comenzaba a anochecer y Pedro no llegaba y pensaba que podría haberle pasado cualquier cosa, podría haber salido sin documentos, podría haberse parado el coche y se lo confundieron con un subversivo, o se peleó con su patrón y lo echaron y se suicidó. El miedo y la soledad eran lo más difícil de sobrellevar, porque para no tener miedo había que quedarse sola, las compañías siempre eran peligrosas, uno ya no podía confiar en nadie, y por ahí se creía que era un amigo y era un terrorista, y se lo llevan a uno, y entonces había que estar aislado, pero estar aislado daba miedo. Y así siempre, miedo y soledad, soledad y miedo, imposible de solucionar.

Claudio Levrino la acompañaba bastante, pero todo se desmoronó la noche en que escuchó un flash de último momento: Mónica Jouvet, la joven y bella esposa de Levrino, volvía en un taxi a su casa cuando un colectivero cruzó con luz roja, la atropelló y la mató. Claudio Levrino lloraba, y ella también. Lloró durante semanas enteras, sin consuelo.



El maleficio

Por Gabriela Cerruti

Hay una verdad incontrastable que deviene de las grandes tragedias históricas: no puede haber sociedad o nación organizada hasta que la melancolía de los sobrevivientes esté reconocida como determinante de la supervivencia del resto, de aquellos nacidos para vivir llevando a cuestas el maleficio de haber apenas escapado. Esa es, sin dudas; la ligazón básica de los pueblos atravesados por un genocidio. El 24 de marzo de 1976, contra su voluntad y vocación, la Argentina ingresó en esa categoría.

Desde hace veinte años, los argentinos hemos pasado a ser víctimas, sobrevivientes o cómplices, hayamos sido o no contemporáneos de la dictadura militar: nadie puede autoproclamarse inocente sólo por el azar de haber nacido más tarde o más temprano. Formamos parte de una continuidad histórica que es el Estado nacional y constituimos una sociedad donde ese genocidio fue posible. Ni la organización del poder, ni la administración de la justicia ni el imperio de la ética o la moral variaron lo suficiente desde entonces como para que podamos asegurar que esta sociedad es esencialmente diferente de aquélla.

No importa si creemos que puede o no volver a suceder. Lo cierto es que un genocidio es un encuentro extraordinario de circunstancias de por sí ordinarias. Si esa combinación atroz puede repetirse mañana o en el próximo siglo es algo imposible de determinar. Tampoco es demasiado importante: hasta la más preclara de las previsiones podría fallar. Por otra parte, el viejo apotegma que sostiene que "hay que conocer los errores pasados para no repetirlos" ha probado con creces ser una falacia. No es por falta de conocimiento sino de sabiduría que los pueblos no han cesado de caer una y otra vez en las mismas tragedias. Reconocernos en lo que sucedió en la Argentina entre 1976 y 1983 no es, pues, un problema ni de estrategia política ni de pragmatismo.

Si los argentinos tenemos la obligación moral y el mandato ético de elaborar en conjunto lo que sucedió en este país durante la última dictadura militar es porque debemos explicarnos cómo fue que los valores básicos de solidaridad que expresan nuestra condición humana y determinan nuestra convivencia en una sociedad moderna quedaron en suspenso durante un determinado período histórico. Lo que importa más no es que haya sucedido el horror, sino que nosotros continuamos con nuestra vida cotidiana mientras el horror estaba sucediendo.

Argentina, la nación más civilizada de Latinoamérica, con el mayor número de intelectuales y profesionales de la región, orgullosa de su vida social y su ambiente académico, vanidosa en su arquitectura y refinada en sus costumbres. Argentina, la cuna de Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, de cuatro premios Nobel, de músicos eximios, bailarines magistrales y futbolistas inigualables. Argentina, la de las librerías abiertas las veinticuatro horas, el mayor número de psicoanalistas por habitante luego de Nueva York y las tiradas excepcionales para diarios y revistas prestigiosas. Argentina, la de las mujeres finas y bellas, ejecutivos encantadores, automóviles último modelo y viajes al exterior.

En la Argentina, entre 1976 y 1983 una banda de militares y policías secuestró, asesinó y torturó con los métodos más viles a miles de argentinos; los detuvo en condiciones inhumanas en campos de concentración; los trasladó drogados en helicópteros desde los que los arrojó todavía vivos al Río de la Plata; asaltó las casas de sus víctimas; robó bebés y niños nacidos en cautiverio para entregárselos a las familias de los torturadores. Casi treinta mil personas pasaron a ser consideradas "desaparecidas", una categoría hasta entonces desconocida en el mundo: nunca más nadie pudo dar cuenta de su suerte. Salvo las víctimas directas y un minúsculo grupo de familiares y amigos que, con coraje y dignidad inigualables, denunciaron valientemente en la Argentina y el exterior lo que estaba sucediendo y lucharon contra la dictadura militar, el resto de la sociedad siguió adelante, impasible, con su vida de todos los días.

"Cualquier destino –explica el narrador en la 'Biografía de Tadeo Isidoro Cruz'–, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento; el momento en que el hombre sabe para siempre quién es." Y remata Jorge Luis Borges: "Lo esperaba, secreta en el porvenir, una lúcida noche fundamental: la noche en que por fin vio su propia cara, la noche en que por fin oyó su nombre. Bien entendida, esa noche agota su historia; mejor dicho, un instante de esa noche, un acto de esa noche, porque los actos son nuestro símbolo".

Nos espera la noche en que por fin veamos nuestro propio rostro. Sólo entonces romperemos el maleficio.

Opinión

Por Sandra Russo

La fiesta

Ese lunes fui temprano a la facultad a averiguar cuándo empezaban las clases. Había dado en diciembre el examen de ingreso a Sociología y estaba ansiosa. Fue la primera vez que entré en el edificio de Figueroa Alcorta. Caminé desorientada los pasillos infinitos que llevaban al sótano, donde en una minúscula oficina me dijeron que no sabían nada y que volviera la semana siguiente. Tomé el colectivo y después el tren a Quilmes, pensando en la fiesta del 24.

Es que el día anterior habían llegado los equipos de hockey chilenos. El intercambio preveía una gira que unos meses después haríamos nosotros por Chile, de modo que en la kanaide (el club alemán) todo era revuelo y excitación. El 24 teníamos pensado agasajar a los chilenos con una fiesta en una quinta de Ranelagh y después íbamos a ir a desayunar al Atalaya de Chascomús. Así es como tenían que terminar las fiestas de aquel entonces.

En la kanaide encontré a todo el mundo. Jugadores y jugadoras discutían antes de los entrenamientos los detalles de la fiesta. Había que alquilar el micro para ir a Chascomús, llevar los discos y los sandwiches a la quinta, comprar las bebidas, en fin, era tanto lo que había que hacer que era difícil pensar en otra cosa.

Después todo es una nebulosa. Me acuerdo de la fiesta, pero al Atalaya no llegamos. Una noticia nos arruinó los planes. Los chilenos no se incomodaron. Estaban acostumbrados a situaciones por el estilo.

Teníamos diecisiete. Me lo vengo repitiendo desde hace veinte años. Teníamos diecisiete. Me lo digo como una disculpa, como una letanía.

La navaja nos pasó por el costado. No éramos los jóvenes heroicos sino apenas sus hermanos menores, los boluditos, los que se encerraban en la pieza del fondo a leer poesía y a escuchar a Sui Generis o a Pescado mientras en el living los otros decían Perón y parecía que habían dicho todo.

Nos gustaba ir al río a ver amanecer. Nos gustaban las leyendas del rey Arturo. Nos gustaba Rimbaud. Soñábamos con irnos a vivir todos juntos al campo, a fumar marihuana, entre vacas y girasoles.

Eramos poca cosa. Chicos de diecisiete sin una causa noble que defender ni un buen motivo para morir, en una época en la que no tener ni una ni otra cosa era imperdonable.

Tengo la teoría de que muchos de nosotros desaparecimos para adentro. Que a esa maldita noche de la fiesta le siguieron muchas otras de ausencia inexplicable, en las que estuvimos presentes pero como seres inconclusos. Algo más que un desayuno en el Atalaya de Chascomús se interrumpió esa noche. Y para siempre.

Los legisladores abandonan el Parlamento

Como un barco que se HUNDE

Los exportadores suspendieron sus envíos al exterior. Pocos legisladores asistieron al Congreso y sólo para retirar sus pertenencias. En Córdoba continuaron los paros bancarios y del SMATA mientras los militares se reúnen silenciosamente y en el gabinete discuten el régimen electoral. Hubo ataques guerrilleros en La Plata y un grupo asesinó al sindicalista tucumano Atilio Santillán.

Página/12 LUNES 22 DE MARZO DE 1976

(Por Luis Bruschtein)

Los titulares de los diarios insisten hoy con grandes caracteres en la "Inminencia de cambios en el país", al mismo tiempo que los exportadores industriales y de carne anunciaban la suspensión de sus envíos al exterior y recrudecían los conflictos sindicales. A tono con los titulares periodísticos, el Parlamento parecía hoy un barco que se hunde. Fueron pocos los legisladores que asistieron y la actividad fundamental consistió en el retiro de sus pertenencias. Aunque hubo algunos más previsores que incluso solicitaron el cobro adelantado de sus dietas. El diputado Luis Sobrino Aranda declaró a los periodistas que el proceso político estaba liquidado y responsabilizó al titular del Senado, Italo Luder, por haber abortado la posibilidad de convocar a la Asamblea Legislativa. El Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) emitió un comunicado rechazando la invitación de incorporarse a la Multipartidaria y pronosticó el "fracaso de la partidocracia" sin lamentarlo, ya que "ninguna formalidad ni ningún orden político es solución por sí mismo".

La rama gremial de diputados justicialistas decidió iniciar gestiones para lograr la separación de los titulares de la Cámara baja, Nicasio Sánchez Toranzo, y de la bancada oficialista, José Carmelo Amerise, con la finalidad de destrabar la convocatoria a una Asamblea Legislativa. Según fuentes de este sector, la decisión se tomó luego de que "contactos militares" expresaran que la convocatoria podría frenar un "pronunciamiento castrense".

El diputado antiverticalista Ricardo De Luca denunció que "desde la muerte del general Perón, el golpismo proviene desde el gobierno que ha creado una total ausencia del verdadero ejercicio del poder". Con respecto a las posibles sanciones a su sector, De Luca se preguntó "por qué no se sanciona a López Rega, Villone, Demetrio Vázquez, Roballos, Conti, Rousselot, etc", acusados de haber integrado las bandas lopezrreguistas.

Mientras retiraba sus pertenencias del Congreso, Sobrino Aranda reclamó "una verdadera revolución estructural para todos los argentinos por parte de militares o de civiles". En las oficinas de algunos bloques parlamentarios fueron retirados televisores y heladeras "para ser reparadas" y lo mismo sucedió con un busto de Hipólito Irigoyen que se encontraba en el tercer piso. También los partidos políticos comenzaron esta semana la limpieza de sus locales, en especial los ficheros donde constan los datos de sus afiliados.

En Córdoba y en otros puntos del país recomenzaron los conflictos sindicales que afectan sobre todo a las plantas automotrices donde la medida de fuerza que aplican los trabajadores es el trabajo a tristeza. La Cámara Compensadora de Cheques, los bancos y las cooperativas de crédito tampoco atendieron al público en Córdoba. Por su parte, los exportadores de carne suspendieron hoy sus envíos al exterior a la espera de mejoras cambiarias y lo mismo decidieron los exportadores industriales.

"Inminentes cambios trascendentales" se ha convertido en la metáfora periodística para anunciar el golpe militar. Pero, como si se tratara de una ficción, en las deliberaciones del gabinete de hoy sólo se discutió el sistema que regirá en las elecciones que deberían efectuarse dentro de siete meses. A la prolongada reunión, en la que participaron todos los ministros, encabezados por la presidenta María Estela Martínez, también concurrieron los gremialistas Néstor Carrasco y Lorenzo Miguel; los titulares de ambas Cámaras legislativas, Italo Luder y Nicasio Sánchez Toranzo, y los dirigentes partidarios Deolindo Felipe Bittel y Lázaro Rocca. Al finalizar el encuentro, Bittel aseguró: "No hay golpe, ni creo que haya; confío en la sensatez de las Fuerzas Armadas", aunque aclaró: "Recuerden que soy civil y no militar, lo único que puedo ofrecer es mi pecho y mi pensamiento". La información oficial indicó que durante la extensa reunión no se había tratado la situación institucional sino el régimen electoral y que se había acordado solicitar a los legisladores justicialistas que activen la aprobación de las leyes impositivas.

Más allá de las esperanzas, la realidad sigue su curso y al comenzar la tarde de hoy pudo advertirse que eran reforzadas las guardias en el Comando General del Ejército y en otras guarniciones militares. Estas medidas fueron claramente visibles en las sedes de embajadas, obviamente para impedir el acceso de personas ajenas a las mismas en caso de fugas desesperadas. Pero lo más insólito fue la información de que las Fuerzas Armadas uruguayas también estaban tomando "medidas de prevención para el caso de un pronunciamiento militar en la Argentina". Estas medidas abarcarían todos los puntos de ingreso al territorio uruguayo desde la Argentina, lo cual contribuye a la sensación de que todo el país podría convertirse en una gran trampa para los potenciales blancos de los militares.

Al mismo tiempo que se efectuaba la reunión de gabinete, los comandantes en jefe del Ejército, Jorge Rafael Videla; de la Armada, Emilio Eduardo Massera, y de la Fuerza Aérea, Orlando Ramón Agosti, se encontraban en el edificio Libertador, sede del Ejército. Esta reunión se conoció por vías extraoficiales y no trascendieron los temas abordados. Otra información del ámbito castrense señala que la Flota de Mar zarpó del puerto de Mar del Plata con destino desconocido.

Aparentemente, un grupo guerrillero integrado por tres hombres y una mujer dio muerte a balazos hoy al secretario general de los trabajadores tucumanos del azúcar, Atilio Santillán, tras ingresar a la sede del sindicato y discutir con él. Por otra parte, en la ciudad de La Plata se registraron numerosos tiroteos sin que, al parecer, se produjeran víctimas. Según la información oficial, los guerrilleros se desplazaban en automóviles, la mayoría de ellos con techo corredizo, desde donde dispararon contra varias comisarías y el Departamento Central de la Policía bonaerense.

Uno que volvió

"Si las Fuerzas Armadas vienen a poner orden, respeto y estabilidad, bienvenidas sean", afirmó hoy Jorge Antonio en su primera conferencia de prensa realizada en Buenos Aires tras 20 años de residencia en el exterior. El político y financista explicó que no había regresado antes al país porque Perón le había pedido que no se mezclara en la primera parte del proceso: "Toda la gente que lo rodeó entonces fue una verdadera banda que sólo se preocupó por sus intereses y le provocó la muerte". Recordó su enemistad con López Rega y cuando los periodistas le pidieron un remedio para la violencia, dio la siguiente receta: "El día que haya orden y autoridad, se terminará".

Casildo Herreras, con Isabel y Lorenzo Miguel.



Unos que se van

Se supo hoy que el secretario general de la CGT, Casildo Herreras, junto con el titular del SMATA, José Rodríguez, el gastronómico Ramón Elorza, el mercantil Florencio Carranza y Pedro Eugenio Alvarez, de espectáculos públicos, viajaron sin previo aviso a Montevideo cuando todo hace pensar que en cualquier momento los militares patean el tablero. La información que se pudo recabar en el ámbito gremial es que el viaje "no estaría vinculado con eventuales episodios referidos a la actualidad político institucional de nuestro país" pues viajaron a la capital uruguaya para asistir a una reunión de la AFL-CIOLS, sigla que reúne a las principales centrales obreras norteamericanas. En la reunión discutirán posibles reformas a la carta orgánica de la Organización Regional Interamericana de Trabajo (ORIT).